Michael Hardt y Antonio Negri
Imperio

Paidós, México, 2002, 432 págs.

José Rivera

*"Hacen una carnicería
 y la llaman paz"*

Tácito

El actual orden mundial es una expresión jurídica que se estableció y consolidó durante las dos grandes guerras y con el nacimiento de las Naciones Unidas. Su surgimiento no fue de manera espontánea ni ha sido un ejercicio de poder único y concentrado. Esta idea de comunidad internacional fue propuesta por un principio europeo y moderno que progresivamente se fue convirtiendo en un modelo global. Pero esta noción de orden, cuya intención lógica y ética fue poner fin a los Estados de poder desigual, a decir de los autores Hardt y Negri, nació en crisis, es más, siempre ha estado en crisis y esta situación de inestabilidad ha sido una de los principales motores que continuamente han impulsado el imperio.

Ante la mirada disidente de la sociedad, el imperio día a día se materializa y se fortalece. Después de la caída del Muro de Berlín no ha habido ningún tipo de resistencia al mercado capitalista y el fenómeno de la globalización ha sido irreversible e implacable en los intercambios económicos y culturales, lo que ha provocado un nuevo orden global, una nueva forma de dominio.

El capitalismo siempre funcionó como una economía mundial, pero ahora hay una evidente transformación en este tipo de producción, la reunión del poder económico y el poder político, y es ésta simbiosis la que define y proyecta una única figura supranacional de poder. Lo que antes solía ser un conflicto entre varias potencias capitalistas ha sido remplazado por una idea de un único poder que ultradetermina a todas las demás potencias.

El imperio es una nueva forma global de soberanía, con sus organismos nacionales y supranacionales unidos por

una misma lógica de dominio. A diferencia del imperialismo, no establece ningún centro de poder y no se sustenta en ningún tipo de fronteras territoriales ni temporales. Su dominio opera en todo tipo de registros: en los territorios, en las poblaciones y en el orden social: es un aparato "descentralizado" y "desterritorializador".

Hoy, para el imperio, la imagen de soberanía está vinculada con el principio de una república democrática. El imperio sólo puede concebirse como una república universal, como una red de poderes y contrapoderes sin fronteras e incluyente. No tiene nada que ver con el imperialismo ni con aquellos organismos de Estado inventados para conquistar, saquear, cometer genocidios, colonizar e imponer esclavitud. El imperio extiende y consolida el modelo de poder en red, en este marco se debe hacer notar que en su base de desarrollo y de expansión hay una idea de paz, claro, un tipo de paz que sólo el soberano puede imponer a los demás.

Mas la legitimación del nuevo orden imperial no se basa únicamente en la efectividad de la sanción legal ni en el poderío militar necesario para imponerla, también se desenvuelve a través de la elaboración de normas jurídicas internacionales, de tal modo que el poder del actor hegemónico se establece de modo duradero y legal.

Estados Unidos es la autoridad última que gobierna todos los procesos de la globalización y el nuevo orden mundial. Si la modernidad fue europea, la posmodernidad es estadounidense. No es el imperio, por innegablemente ocupa una posición privilegiada.

Después de la Guerra Fría, Estados Unidos ha sido convocado a desempeñar el papel de garante, en todos los conflictos regionales de fines del siglo xx, desde Haití hasta el golfo Pérsico y desde Somalia hasta Bosnia. Los estadounidenses han sido aclamados para intervenir militarmente y se está hablando de pedidos reales y sustanciales. En Europa fueron severamente criticados

por su retardo en Bosnia. Y son requerimientos en nombre de la paz y del orden. Ésta es una de las características esenciales del imperio, su desarrollo estriba en un contexto mundial que permanentemente reclama su existencia.

De siempre, la historia estadounidense rompió con la noción de soberanía moderna y a la vez desarrolló nuevos lenguajes y nuevas formas sociales que median entre lo único y lo múltiple, entre el límite y la expansión. Esta idea contemporánea del imperio surge a través de la expansión global del proyecto constitucional interno de Estados Unidos es una primera etapa de la transformación de una frontera en un espacio abierto de soberanía imperial.

En el texto de Michael Hardt y Antonio Negri se plantea que la teoría de la constitución del imperio es también una teoría de su decadencia. Los mismos movimientos y tendencias constituyen tanto el ascenso como la decadencia del imperio. El medio para superar la crisis es el desplazamiento ontológico del sujeto, es decir, el cambio más importante tiene lugar en el seno mismo de la humanidad. Con el fin de la modernidad también termina la esperanza de identificar al sí mismo fuera de la comunidad, la idea del imperio entendida como la intriga de una dimensión del ser que tiende hacerse universal.

Para los desesperanzados hay una luz dialéctica al final del túnel. El imperio es a la vez el creador de un potencial para la revolución mayor: el conjunto de todos los sometidos, la multitud que se opone directamente al imperio sin que nadie medie entre ellos. La multitud como un sujeto político en este contexto del imperio, como un poder singular que pondrá la resistencia. La ciudadanía global es el poder que tiene la multitud de recuperar el control sobre el espacio y trazar así una nueva cartografía, un nuevo regreso a las utopías.

Imperio es una lectura inteligente y precisa sobre la teoría de la globalización. 3